

I Congreso Latinoamericano de Teoría Social

Esteban Domínguez

Facultad de Ciencia Política y RRII - UNR

esteban.dominguez@live.com.ar

Mesa temática: *13. Postestructuralismos y diferencia. Herramientas para el análisis de la sociedad, la política y la cultura contemporáneas*

Título: *El «décalage» como figura althusseriana de la diferencia. Aproximaciones a una noción esquiiva*

Resumen: En la siguiente ponencia nos proponemos realizar un análisis preliminar de la noción de «décalage» presente en los textos de Louis Althusser. Se señalará su emergencia junto a algunos problemas claves del althusserianismo (como el de la sobredeterminación, y el de la relación entre producción y reproducción), sosteniendo que mediante aquella figura se habilita un vuelco interior en la producción del autor. Vuelco en el que de una tradición marxista, Althusser extrae los recursos necesarios para la deconstrucción de la misma. Así, por un lado, el «décalage» opera como un gozne que viene articular lo que por definición aparece como desajustado; pero inmediatamente se reconocerá, por otro lado, que esa tarea se ve siempre imposibilitada por su propia condición. La sospecha que nos impulsa a proponer estas líneas es que la figura del «décalage», para ser pensada en su radicalidad, debe ser puesta en relación con el núcleo problemático (post)estructuralista de la diferencia. Precisamente porque lo que esconden algunas formulaciones clásicas del althusserianismo es una interrogación insistente por el par necesidad/contingencia, y por la política entre su rol de fundación/destitución de toda realidad.

Introducción

Lo que pretendo sugerir se inscribe en un esfuerzo colectivo que diversos investigadores vienen emprendiendo por repensar la figura de Louis Althusser. Movidos por una sospecha –indemostrable, aunque sí pasible de ser esbozada preliminarmente en esta conversación– que nos sugiere que el nombre de Althusser podría ayudar, aún hoy y contra todo olvido oficial, a pensarnos en nuestro presente teórico-político.

De ahí el gesto que quisiera proponer por releer a un Althusser y a su estructuralismo siempre más allá de sí mismo; por sugerir la (re)inscripción del filósofo en “una constelación meta-teórica o paradigmática” -como se dice en la invitación a esta mesa- “post-estructuralista”. Existen múltiples caminos para proceder en esta apuesta por repensar al filósofo comunista como parte de ese momento determinante del pensamiento francés de la segunda mitad del siglo XX. Yo partiré, sin meditar demasiado, de una hipótesis formulada por Étienne Balibar:

“que no hay, de hecho, post-estructuralismo,- éste- es todavía estructuralismo, y que el estructuralismo en sentido fuerte ya es post-estructuralismo. Todos los grandes textos que podemos ligar al estructuralismo conllevan en efecto esos dos movimientos, (...) de un ‘estructuralismo de las estructuras’, o de la búsqueda de las estructuras y las invariantes, a un estructuralismo ‘sin estructuras’, o mejor de la búsqueda de su indeterminación o de su negación inmanente” (Balibar, 2007: 165).

Un momento que sería errado encorsetar en el término *escuela*, y que su indagación depende de la capacidad que tengamos para dar cuenta de un encuentro entre preguntas y problemáticas diversas. De ahí la importancia de esta mesa en intentar asir una de ellas, incluso la más esquiva, la de la *diferencia*. Para ser lo más directo posible: quiero afirmar que la figura althusseriana del «*décalage*», para ser pensada en su radicalidad, debe ser puesta en relación con el núcleo problemático (post)estructuralista de *la diferencia*. Precisamente porque creo que lo que esconden algunas formulaciones clásicas del althusserianismo es una interrogación insistente por el par necesidad y contingencia, y por la política entre su rol de fundación y destitución de toda realidad.

Partimos entonces de esta conjetura: por diversos motivos (que sería imposible compilar aquí) la figura del «*décalage*» resulta, al menos en principio, identificable con la

de la *différance*. Decimos identificable, sabiendo que no sería precisamente esa la palabra a usar, se trataría más bien de un *desplazamiento* pasible de ser atravesado de una figura a otra. Tal como lo señaló Jacques Derrida, estaríamos frente a una “cadena en la que la «diferancia» se deja someter a un cierto número de substituciones no-sinonímicas, según la necesidad del contexto” (Derrida, 1994a: 48): «archiescritura», «huella», «espaciamiento», «suplemento»... «*décalage*» en el caso de Althusser.

Esos motivos deberían ser enumerados y analizados a la par de la emergencia o soterramiento de la palabra en cuestión en los textos althusserianos. Así, sería importante, al menos, abordarla en dos textos donde ella aparece de manera insistente: *Sobre el Contrato Social* (2008a) de 1966 y *El objeto del capital* en *Lire le capital* (2004a). La figura en cuestión aparece en aquellos textos siempre ligada a una idea de desarticulación, de dislocación, de desajuste (temporal, pero no solo). Cada vez que se la traduce, se lo hace (por lo general) mediante la palabra *desajuste*. Aunque también, por momentos específicos, por la de *desplazamiento*¹. Para ser, sólo por esta vez, específicos fuimos por el diccionario francés: “1. Extracción de una cuña. 2. Desplazamiento en el tiempo o en el espacio entre acontecimientos, personas u objetos. 3. Ausencia de concordancia entre dos hechos o dos cosas” (*Dictionnaire Français de définitions*: 2011).

Pero antes de abordar de manera frontal (y enciclopédicamente) esta palabra, el presente trabajo sería más bien propedéutico para un recorrido posterior. Se trataría de un rodeo por la figura del «*décalage*», un rodeo por la huella de esa figura, por la marca del trazo althusseriano. Y es, de hecho, la manera en la que encontramos por mantenernos fiel frente a su legado, frente a esa palabra que -al igual que la *diferancia* “no es un nombre, ni una unidad nominal pura y se disloca sin cesar en una cadena de substituciones que difieren” (Derrida, 1994a: 61). El camino que propongo aquí está balizado por algunos grandes

¹ Si seguimos el texto original del *Lire le Capital* junto con la versión que los latinoamericanos tenemos a mano, podremos ver los diversos modos en los que la palabra en cuestión es traducida. Marta Harnecker la traduce, como dijimos, casi siempre como “desajuste”, pero también como “distancia” (Althusser, 2004a: 115), “diferencia” (Ibíd.: 132) y como “desplazamiento” (Ibíd.: 119). En el caso de la contribución de Balibar a *Lire le Capital*, la traducción de Harnecker es menos esquiva a cada «*décalage*» le corresponde un “desajuste”, a cada «*decalée*» un “desajustado”. En el caso de *Pour Marx*, el uso de la palabra no es frecuente, sólo aparece dos veces en una misma página, en una ocasión Harnecker la traduce “desplazamiento” y en el otro como “retardo” (Althusser, 1983: 64). Finalmente, en el caso de *Sobre el Contrato Social*, la cosa es también menos esquiva: el traductor Carlos Prieto del Campo hace que cada «*décalage*» sea llamado, otra vez, desajuste.

temas contenidos en sus dos obras de 1965 *Pour Marx* y *Lire le capital*: el problema de la determinación y sus modalidades, la relación entre diversas esferas presuntamente autónomas, el descubrimiento de la sobredeterminación, la tónica marxista del edificio con sus pisos, la relación entre estructura y superestructura, entre fuerzas productivas y relaciones de producción, entre producción y reproducción, en fin -pero esto puede confundir-, la relación entre economía y política.

Y aunque no hablemos mucho de ella, se trata siempre de *la política, esa en la que estamos perdidos y sin referencias*. Nuestro autor habría tomado nota muy tempranamente de la necesidad de escapar de las filosofías de la historia, del Origen y el Fin, es decir, de la tentación por hallar un Sentido de la historia, que fuera a su vez una Historia del sentido. Y esa era una tarea *necesaria* porque de otra manera no habría lugar para la política, porque para que ella entre en juego era necesario desplazarla del marco conceptual que la ubicaba como expresión de una historia escrita de antemano. Ese desplazamiento («*déplacement*», pero también «*décalage*») es motivado por Althusser inscribiéndose en el vocabulario, los conceptos y la historia del marxismo oficial. Pero por la perspicacia de su lectura sintomática aquellos conceptos son expuestos a su propia deconstrucción; como si tomara de una herencia marxista los recursos necesarios para la deconstrucción de esa misma herencia. De esta forma, viejos conceptos del marxismo (como los de *estructura, superestructura, producción y reproducción*) podrían tener otros significados que a lo largo de la historia del pensamiento fueron persistentemente neutralizados; así como podría habilitar que nuevos conceptos (como el de *sobredeterminación*, pero no sólo) vengan a descoyuntar aún más aquello que ya aparecía fastidiado desde el origen.

Sobredeterminación («*décalage*» como desajuste)

Desde el Prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política* nuestra concepción de la historia y de la sociedad está balizada por una metáfora arquitectónica:

“en la producción social de su vida, los seres humanos contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad (...). La totalidad de estas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se alza un edificio jurídico y político y a la cual

corresponden determinadas formas de conciencia social” (Marx, [1859] 2005: 192)

La historia del marxismo podría ser narrada mediante los sucesivos intentos por interpretar esta metáfora: suscribiéndola, complejizándola o rechazándola. Esta triple tentativa también puede reconocerse en la recuperación althusseriana del prólogo. Suscribe, porque sabe que sin ella no sería posible ninguna comunicación, es decir, ningún combate hacia adentro del marxismo. Complejiza, porque sabe que con ella el marxismo había alcanzado las posiciones más ridículas, conservadoras y economicistas. Rechaza, porque sabe que su intento por tornar posible y pensable la política, debe ir -en algún sentido, que sería necesario especificar- contra Marx y el marxismo mismo. Porque no se trataría de una insuficiencia terminológica por asir lo complejo del embrollo, sino de algo más grave: de una inadecuación fundante (es decir, originaria) entre las palabras que disponemos y la radicalidad de la empresa por delante.

Althusser sabía que para intervenir era necesario escribir con palabras que por momentos las intentará aclarar, preludiar y especificar, y por momentos las dejará fluir casi descuidadamente. Porque sabía que en filosofía sólo mediante metáforas se puede pensar, aún más, sólo mediante aquellas que no hemos elegido nosotros y nos han sido de algún modo u otro legadas (es decir, impuestas). No tendría “ningún sentido”, dice Derrida “prescindir de los conceptos de la metafísica para hacer estremecer a la metafísica, no disponemos de ningún lenguaje -de ninguna sintaxis y de ningún léxico- que sea ajeno a esta historia” (Derrida, 1989: 386).

Con y contra ellas, entonces, nuestro autor toma la palabra: “es una metáfora y, exactamente, una metáfora espacial: la de un tópico. Tal como toda metáfora, ésta sugiere, permite ver algo” (Althusser, 2008b: 108). ¿Qué es lo que permite ver? que los pisos superiores no podrían flotar en el aire, que requieren de su base. La metáfora tiene por objeto, entonces, representar el hecho de *la determinación en última instancia* por la base económica. De ahí el autor intentará derivar una doble conclusión altamente productiva: “1. hay una autonomía relativa de la superestructura respecto a la base; 2. Hay una acción de retorno de la superestructura sobre la base” (Ibíd.: 109). Seguimos sin embargo en un punto

conocido, en el que las mejores producciones del marxismo se han movido reconociendo sus límites.

Nuestro autor se moverá en esta misma tensión pero afirmará que en la *práctica política* (con la experiencia de las revoluciones rusa, china y cubana) el camino había sido hollado. El problema no es que no se hiciera política, sino que con los conceptos disponibles no podemos dar cuenta de ella; siendo el desafío aguzar el oído para “saber escuchar la política allí donde ella nace y se hace” (Althusser, 2008a: 308). De ahí que el concepto de *sobredeterminación* resulte tan importante, precisamente porque viene a operar como un *índice* de la pretendida congruencia de las dos conclusiones que enumerábamos: determinación económica en última instancia / autonomía relativa de las superestructuras. Pero al tiempo que *índice*, el concepto es un *problema* precisamente porque en su emergencia se expresa la incongruencia de esas dos tesis. Paradójicamente, aquello que vendría a dar coherencia a un esquema es lo mismo que señala su desajuste («*dècalage*»).

Pero vamos más lento, permanezcamos unas líneas más acá de la noción de *sobredeterminación*. Decía Althusser que la historia reciente podría orientarnos, ilustrando el problema, con el tema leninista del *eslabón más débil*. Según nuestro autor, este axioma no inspira a Lenin solamente en su teoría del partido revolucionario y en los medios de la política, sino que también inspira su reflexión en la revolución aportando la clave para responder *por qué fue posible la revolución en Rusia*. Los argumentos son conocidos y Althusser pasa a detallar de qué manera, por medio de qué contradicciones interiores y exteriores, Rusia se había convertido en *el eslabón más débil de la cadena imperialista*. El resultado también lo sabemos, Octubre de 1917 y la inauguración del Siglo XX tal como lo conocimos. La causa: una nación “*a la vez, en retardo de por lo menos un siglo en relación con el mundo imperialista y, al mismo tiempo, a su cabeza*” (Althusser, 1983: 78).

Aquellos que no lograban ver esta situación, eran los que confiaban demasiado en la contradicción reducida a su purificación, a su abstracción, entre el Capital y el Trabajo. Pero la contradicción real se confundía a tal punto que resultaba imposible desmalezarla de sus circunstancias, esta contradicción no era “discernible, identificable ni manuable sino a través de ellas y en ellas”. Ya no podríamos hablar de la ‘contradicción’ en general,

precisamente porque las circunstancias en las que ella habita no son su puro ni simple fenómeno:

la ‘contradicción’ es inseparable de la estructura del cuerpo social todo entero, en el que ella actúa, inseparable de las condiciones formales de su existencia y de las instancias mismas que gobierna; ella es ella misma *afectada*, en lo más profundo de su ser por dichas instancias, determinante pero también determinada en un solo y mismo movimiento, y determinada por los diversos niveles y las diversas instancias de la formación social que ella anima; podríamos decir: *sobredeterminada en su principio* (Ibíd.: 81).

Aparecía así, ese concepto que reactualiza el intento de demarcación entre Hegel y Marx que daba inicio a *Contradicción y sobredeterminación*. La contradicción hegeliana (y la del marxismo vulgar que se limita a “invertir” los términos conservándolos) nunca estuvo sobredeterminada, allí la conciencia no tiene sino un centro, que es el único que la determina (Ibíd.: 82). Y empezamos a ver por qué esa insistencia en demostrar, es decir *inventar*, una dialéctica marxista que sea radicalmente distinta. Si la situación revolucionaria que describía Lenin se explicaba en el carácter sobredeterminado de la contradicción fundamental (y fundante) para el marxismo, y si esta situación excepcional se hace extensible a todo acontecimiento histórico, será necesario

interrogarse sobre lo *excepcional* de esta ‘situación excepcional’ y si, como toda excepción, ésta no aclara la regla, sino que es, a espaldas de la regla, *la regla misma*. Ya que, al fin de cuentas ¿no estamos siempre en la excepción? (...) Excepciones, pero ¿en relación a qué? Si no es en relación con una cierta idea abstracta pero cómoda, tranquilizante, de un esquema ‘dialéctica’ purificado, simple que, en su simplicidad misma, había guardado la memoria del modelo hegeliano, y la fe en la ‘virtud’ solucionadora de la contradicción abstracta: la ‘bella’ contradicción entre Capital y Trabajo (Ibíd.: 85).

De modo que la contradicción aparentemente simple está *ya desde siempre* sobredeterminada; la excepción descubierta *regla de la regla*. Y no es casual que este descubrimiento sea realizado por medio de la experiencia política, ella es la que señala el desajuste («*décalage*») de toda situación y nos impulsa a abrir un espacio para el descubrimiento del *origen de la desigualdad* en el desarrollo de la historia. Con una aclaración derridiana: esta referencia al origen no quiere decir que la sobredeterminación esté ‘antes’ de los efectos que ella produce, “en un presente simple y en sí mismo

inmodificado, in-diferente. La diferencia” –o el «*décalage*» en nuestro caso- “es el «origen» no-pleno, no-simple, el origen estructurado y diferente (...) de las diferencias. El nombre de «origen», pues, ya no le conviene” (Derrida, 1994a: 47).

Luego de este rodeo, podríamos volver a pensar los términos de estructura y superestructura: al establecer los dos extremos de la cadena (la determinación en última instancia por la economía, y la autonomía relativa de las superestructuras) vemos abierto el espacio para pensar la relación de ambos y su consecuente descalabro: situándonos en el centro mismo de las tensiones que suscita la coexistencia de dos lugares distintos e indisociables, investigando sus límites, intentando comprender su contingencia y su necesidad. Ese desajuste («*décalage*») es el que pasaría a obtener en el marxismo althusseriano un *estatuto (cuasi) ontológico*:

Esta *sobredeterminación* llega a ser inevitable y pensable, desde el momento en que se reconoce la existencia real, en gran parte específica y autónoma, irreductible, por lo tanto, a un puro fenómeno, de las formas de la superestructura y de la coyuntura nacional e internacional. Es necesario entonces ir hasta el fin y decir que esta *sobredeterminación* no está basada en situaciones aparentemente singulares y aberrantes de la historia (...), sino que es *universal*. Jamás la dialéctica económica juega *al estado puro*. Jamás se ve en la Historia que las instancias que constituyen las superestructuras, etc., se separen respetuosamente cuando han realizado su obra o que se disipen como su puro fenómeno, para dejar pasar, por la ruta real de la dialéctica, a su majestad la Economía porque los Tiempos habrían llegado. Ni en el primer instante ni en el último, suena jamás la hora solitaria de la ‘última instancia’ (Ibíd.: 93)

Llegados aquí, próximos al desvarío, nos vemos tentados a retroceder². En adelante se abren dos caminos de investigación, relacionados y a la vez (posiblemente) opuestos. Por un lado, la investigación acerca de la eficacia específica de las superestructuras y otras

² Puede evaluarse la novedad (¡y el riesgo!) de las consideraciones althusserianas a la luz de las objeciones que generó en el Partido Comunista Francés: sustituyendo la concepción monista proponiendo el concepto de *sobredeterminación*, ¿qué pasa con la necesidad histórica, su unidad, el papel determinante de la economía, otra vez, la ley fundamental de nuestro tiempo? Contra las certezas del marxismo y por medio de la excepción, esto es, por medio del reconocimiento del carácter originario, fundante e invariante de la excepción, todo aquello que pretendíamos seguro se vería conmovido. Y no es casual que la expresión “la ley fundamental de nuestro tiempo” (Althusser, 1983: 133) sea repetida dos veces con dos oraciones de distancia. Ese reconocimiento ya implicaba (e implica hoy) demasiado, al tiempo que es sólo una constatación preliminar para emprender una investigación en sus consecuencias.

circunstancias consideradas por el marxismo vernáculo como epifenómenos. Por el otro, la investigación acerca del carácter *esencialmente* descoyuntado de toda formación social y, en consecuencia, del lugar de la política en este embrollo. Porque este «*décalage*» abre el espacio en el que toda filosofía de la historia -de la que Althusser habría intentado escapar para pensar la política- produce su sistema y su historia, “la comprende, la inscribe, y la excede sin retorno” (Derrida, 1994a: 42) -del mismo modo que la diferencia lo hace con la ontoteología, es decir, con la filosofía-.

El primero camino es anunciado explícitamente por Althusser, mientras que el segundo es el que subyace como consecuencia radical de su argumentación, porque como decía, se trataría de un exceso sin retorno (pasible de ser neutralizado, aunque siempre de manera provisoria). Consecuencia que una vez asumida implicaría varios compromisos más que nos obligan no sólo a seguir descubriendo los trazos superestructurales, sus efectos y circunstancias, sino también patear el tablero de la tópica marxista como metáfora indicativa³. Por el momento, pareciera ser posible no escoger entre uno y otro camino. La productividad de ambos aún hoy está a la vista y las propias intervenciones althusserianas son una prueba de ello. Así, la elección de no optar por una o por otra, no implica la ausencia de compromisos o una elección más cómoda por afirmar cierta vaguedad y eclecticismo; por el contrario, nos impone la tarea de hablar varias lenguas a la vez y de producir varios textos en simultáneo:

“entre estas dos formas de deconstrucción la elección no puede ser simple y única. Una nueva escritura debe tejer y entrelazar los dos motivos. Lo que viene a decir de nuevo que es necesario hablar varias lenguas y producir varios textos a la vez.” (Derrida, 1994b: 173)

³ “(...) no tenemos, desde el adentro donde «estamos nosotros», más que la elección entre dos estrategias: 1. Intentar la salida y la deconstrucción sin cambiar de terreno, repitiendo lo implícito de los conceptos fundadores y de la problemática original, utilizando contra el edificio los instrumentos o las piedras disponibles en la casa, es decir, también en la lengua. El riesgo aquí es confirmar, consolidar, o revelar sin cesar en una profundidad siempre más segura aquello mismo que se pretende deconstruir. La explicitación continua hacia la apertura corre el riesgo de hundirse en el autismo del cierre. 2. Decidir cambiar de terreno, de manera discontinua e irruptiva, instalándose brutalmente fuera y afirmando la ruptura y la diferencia absolutas. (...) [H]abitando más ingenuamente, más estrechamente que nunca el adentro que se declara desertar, la simple práctica de la lengua reinstala sin cesar el «nuevo» terreno sobre el más viejo suelo” (Derrida, 1994b: 173).

Reproducción («*décalage*» como desplazamiento)

Quisiera ahondar, con una vuelta final, en esa cualidad políglota del texto althusseriano⁴. Lo haré recuperando el desplazamiento particular que se visualiza en el tratamiento del problema marxista de la *producción* y la *reproducción*. Se trata (como ya vimos) del «*décalage*» como desajuste, pero también en este caso como *desplazamiento*. El cual no sólo se juega -a falta de una mejor manera de llamarlas- en consecuencias teóricas ‘externas’ del autor (es decir, en la teoría finalmente producida y puesta en consideración frente a una comunidad de lectores), sino también en consecuencias teóricas ‘internas’ que desgarran toda posibilidad de univocidad teórica: la heterogeneidad de la herencia althusseriana sería así un ‘simple’ efecto (siempre complejo) de esa *diferencia, del origen de la desigualdad*.

El autor da inicio a *Idéologie et appareils idéologiques d'État* con una evidencia:

“como decía Marx, hasta un niño sabe que una formación social no sobrevive más de un año si no reproduce las condiciones de producción al mismo tiempo que produce. La reproducción de las condiciones de producción es, entonces, la condición última de la producción” (Althusser, 2008b: 102).

10

Si continuamos con su lectura, en pocas páginas notaremos un desplazamiento significativo en el énfasis. Como se sabe, hablar de la condición última es también hablar de la condición primera, porque no se trataría sólo -reconoce Althusser rápidamente- de una sobrevivencia de la formación social para la cual la reproducción debería trabajar; sino más radicalmente de su *existencia*: “para existir, toda formación social debe -al mismo tiempo que produce y para poder producir- reproducir las condiciones de su producción” (Ibíd.: 103). Por eso, es a partir de la *reproducción* que

“es posible y necesario pensar lo que esencialmente caracteriza la existencia y la naturaleza de la superestructura. [...] Nuestra tesis fundamental es que no es posible plantear estas cuestiones (ni, por tanto, responderlas) si no se las plantea desde el punto de vista de la reproducción” (Ibíd.: 110)

⁴ Es curioso que permanezcamos en fechas muy precisas de su producción teórica, entre los clásicos *Pour Marx* y *Lire le capital*, y moviéndonos levemente hacia finales de los sesenta con *Idéologie et appareils idéologiques d'État*. En fin, nos movemos en un período de tiempo estrictamente corto, entre 1965 y 1968.

La misma preocupación puede encontrarse entre los interrogantes del grupo que allá por 1964 se reunía junto a su maestro en torno a *El Capital*. Así, Étienne Balibar llegaba a una conclusión similar demostrando que la producción es ella misma una *totalidad compleja*; en este sentido, “el ‘primer’ proceso de producción es *siempre-ya* proceso de reproducción. No hay, para la producción, tomada en su concepto, ‘primer’ proceso de producción” (Balibar, 2004a: 296)⁵. Siguiendo estos indicios, es posible afirmar que de la constatación de la necesidad de la reproducción pero al mismo tiempo de su carácter especular o de reflejo -y en tanto tal- accesorio y suplementario, Althusser irá avanzando hacia una lectura donde la oposición entre producción y reproducción se revela impertinente.

Del mismo modo la oposición entre *fuerzas productivas y relaciones de producción* se desdibujaba (recordemos que el problema de la reproducción venía enlazado de manera orgánica al de las relaciones de producción). Althusser sostenía de manera inmutable “la primacía de las relaciones de producción sobre las fuerzas productivas” (2014: 226. Traducción propia). Pero el asunto no era sencillo, porque hablar de la primacía de las relaciones de producción por sobre las fuerzas productivas escondía una elección: se trataba de afirmar la *contingencia*, el *primado de la relación sobre los elementos* -como afirmaba Althusser desde fines de los sesentas-. Otra vez, esta opción no sería una elección entre uno de los dos términos mencionado, sino una afirmación por lo que desgarró aquella oposición.

Así, Althusser habría procedido mediante una lectura deconstructiva de la polarización al encontrar que ambos extremos son íntimamente solidarios. Estamos frente a instancias que se creían delimitables pero que llegado a un punto de la investigación se revelan imposibles establecer de manera fija. El resultado no es el abandono sin más de aquellas categorías sino el descubrimiento de la productividad heurística que permanecía latente en ellas. Aquí, quisiera retomar las palabras de Étienne Balibar a modo indicativo. Por definición, en el proyecto althusseriano, la *reproducción* presupone una *invariancia*:

⁵ De manera análoga, Pierre Macherey explicaría en *Pour une théorie de la reproduction littéraire* que la literatura sólo se produce reproduciéndose: “las obras, no son en absoluto ‘producidas’ como tales sino que sólo empiezan a existir a partir del momento en que son ‘reproducidas’, teniendo esta reproducción el efecto de dividirlas en sí mismas, cruzando la fina línea de su discurso de forma que se hace aparecer en él todo un espacio de desviación y juego en el que se insinúa una posibilidad indefinida de variaciones. *En vez de ser producida sólo una vez en su lugar y en su tiempo, la obra no tiene realidades -en plural- sino en esa reverberación que la constituye al mismo tiempo que la dispersa*” (1998: 47. Traducción y cursiva propia).

“las condiciones de producción son en sí mismas incesantemente reproducidas de forma que aseguren la continuidad de la producción” (Balibar, 2004b: 60) y, en consecuencia, de la acumulación del capital y de la dominación de clase. De esta forma, la reproducción sería garante de la invariancia, sería un proceso suplementario en el desenvolvimiento de la *diosa producción*. Pero por una “desviación infinitesimal” (Althusser, 2002: 33) nos vemos desplazados en la letra althusseriana hacia la *primacía del punto de vista de la reproducción*, de lo que resulta una consecuencia opuesta:

en vez de fundar las variaciones históricas en una invariancia, significa que toda invariancia (relativa) presupone una relación de fuerzas. O, si se quiere, que toda continuidad estructural es el efecto necesario de una contingencia irreductible en la que en cada momento, reside la posibilidad de una crisis (Ibíd.: 61)⁶.

Sin encontrar un punto de quiebre o bifurcación preciso vemos de que el concepto de *reproducción* que venía a operar como un anclaje suplementario a la invariancia (a la continuidad estructural de un modo de producción), en un mismo movimiento aparece como el que señala la posibilidad (en todo momento y desde siempre) de su desajuste, de su transformación. Tal como nos indicó Balibar, la particularidad del concepto de reproducción social corresponde por completo a ese vuelco interior, siendo Althusser mismo quien nos enfrenta a una apertura de la teoría marxista en el momento mismo en que se demuestran sus límites (Ibíd.). Curiosamente una categoría que por definición estaría ligada a la tarea de anclaje y reaseguro es la que nos permite iniciar una deconstrucción del par marxista en el que venía a inscribirse⁷.

⁶ Más directamente lo señalaba Michel Pêcheux (otro de los miembros del círculo de la década del 60): “Al escribir ‘reproducción/transformación’, pretendo designar el carácter nodalmente contradictorio de *cualquier* modo de producción (...). Esto significa, en particular, que considero un error ubicar en diferentes lugares, por un lado, lo que contribuye a la reproducción de las relaciones de producción, y por el otro, lo que contribuye a su transformación” (Pêcheux, 2003: 157).

⁷ Tenemos un movimiento similar al operado por Laclau y Mouffe en *Hegemonía y estrategia socialista*. Allí, la categoría de *hegemonía* tan ligada a la idea de fijación de sentido es la que, paradójicamente, nos abre a la experiencia de su dispersión: “la lógica de la hegemonía se presentó desde el comienzo como una operación suplementaria y contingente, requerida por los desajustes coyunturales respecto a un paradigma evolutivo cuya validez esencial o ‘morfológica’ no era en ningún momento cuestionada. (...) Por eso la ampliación de las áreas de aplicación del concepto, de Lenin a Gramsci, fue acompañada de la expansión del campo de las articulaciones contingentes y de la retracción al horizonte de la teoría de la categoría de ‘necesidad histórica’, que había constituido la piedra angular del marxismo clásico” (2008: 27).

Estamos frente a conceptos que venían a aparecer para la tranquilidad marxista como el ordenamiento de lo propiamente económico y lo propiamente político, pero que con el correr de las páginas, por su propio desajuste originario, hacen emerger aquello que define la especificidad de cada término, desgarrándolo y obligándonos a pensar su carácter incompleto y solidario con el otro. Althusser nos propone (por necesidad o simplemente por incapacidad de pensarlo de otra manera), un *juego de desplazamiento* constante en el que el anunciado intento por asir las esferas de lo económico y lo político delimitándolas en su especificidad, en su rol y en sus índices de eficacia, se revela imposible. Lejos de desesperarse, aunque si *viviendo mal esa disyunción*, el filósofo habría aprehendido la productividad heurística de pensar los grandes conceptos, las palabras de larga duración de nuestro léxico político *marxista* no como entidades sí cerradas, sino como ‘términos’, “marcas de confín”, “lugares de superposición contradictoria, entre lenguajes diversos” (Esposito, 2006: 8).

De este modo y siguiendo una sugerente aunque esquiva indicación de Pierre Macherey (1974)⁸, quisiera destacar que la palabra necesaria para comprender el *estructuralismo* althusseriano no sería la de estructura sino más propiamente la de *desplazamiento*: de la estructura a la superestructura cuando pretendemos asir la tópica marxista, de la producción a la reproducción cuando pretendemos pensar esa tópica ‘en movimiento’. En fin, y para simplificar, desplazamiento de la política entre la necesidad y la contingencia; desplazamiento entre su rol de fundación y de destitución de toda realidad.

*

En este recorrido hemos intentado seguir la letra althusseriana, por las preguntas sin respuestas y por las respuestas sin preguntas. Intentamos captar el desarrollo de un pensamiento (el althusseriano) como un proceso sin fin(es), sin un punto de llegada teórica, y menos aún, un punto preestablecido o fijado a priori. Vimos así cómo el supuesto punto

⁸ Pierre Macherey (1974: 157) *El análisis literario, tumba de las estructuras*. El texto refleja algunos de los debates propios del círculo de estudios e investigaciones impulsado por Althusser. Si bien podría afirmarse que el objeto de análisis del artículo no es el mismo que estamos intentando pensar, sería necesario detenernos a estudiar hasta qué punto la intervención de Macherey por aquellos años no está en absoluta relación (y debate) con la letra althusseriana. Asimismo, el concepto -hablar de concepto en este caso es sin embargo un exceso- de *juego* es recurrentemente utilizada en aquellos años por Althusser. Una revisión de este asunto a la luz de (y en relación a) las referencias de Derrida en *La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas* (1989) es una tarea aún por realizarse.

de llegada de su teoría es siempre un nuevo punto de partida (Balibar, 2004b), por someterse en su devenir a su propia inadecuación de ‘origen’ (y en consecuencia de arribo). De ese modo, categorías tan caras para la tradición marxista fueron recuperadas y utilizadas hasta el extremo de revelarse incongruentes. Así, diría que si Althusser ha intentado dar cuenta de la historia como “la revocación permanente del hecho consumado” (Althusser, 2002: 39), *es su escritura misma la revocación permanente de una teoría consumada por medio de otro hecho indescifrable a consumir*. Hecho que señala el suelo frágil (y movable), que indica el abismo sobre el que cualquier teoría, o hecho, permanece expuesto a la espera de su ineluctable descalabro.

Lejos de una amenaza que nos someta a la afasia del pensamiento radical, esta situación resulta altamente productiva para la interrogación sobre la política (marxista o anti-marxista) que hasta aquí ha demostrado serias limitaciones para traspasar sus confines semánticos prefijados, porque es desde allí y contra esos límites que emerge el reconocimiento del carácter fundante, en ausencia de fundamentos, de la política. De ahí la actualidad del «*décalage*» althusseriano, con la simple condición de no aferrarlo sino, más bien, dejarlo correr en una serie de substituciones no-sinonímicas, según la necesidad de un contexto (decía Derrida), de nuestro contexto, herederos de *esta apertura al juego de la metonimia*. Nos preguntamos hoy -en la estela de la interrogación de Deleuze de 1973: “¿cómo reconocer el estructuralismo?” (2005)-, *¿cómo reconocernos hoy en el sistema de ecos en el que la aventura estructuralista nos ha dejado?* No hay aventuras, sin héroes⁹. Pero hay (en este terreno) héroes imposibles, sin lecciones definitivas (tal como aprendimos con Brecht), aún más, sin nombres propios. Y nos encontramos nosotros, entre su repetición y la diferencia. O mejor, en la repetición (de nuestros héroes) como diferencia.

⁹ “Hay, por tanto, un héroe estructuralista, que no es ni Dios ni el hombre, ni personal ni universal, que no tiene identidad. Que está hecho de individuaciones no-personales y de singularidades pre-individuales” (Deleuze, 2005: 248)

Bibliografía:

- Althusser, Louis. (1983). *La revolución teórica de Marx*. México: Siglo XXI.
- Althusser, Louis. (2002). *Para un materialismo aleatorio*. Madrid: Arena Libros.
- Althusser, Louis. (2004). “El objeto de El capital”. En Althusser, L. y Balibar, É. *Para leer el capital*. México: Siglo XXI.
- Althusser, Louis. (2008a). *La soledad de Maquiavelo*. Madrid: Akal.
- Althusser, Louis. (2008b). “Ideología y aparatos ideológicos del Estado” en *La filosofía como arma de la revolución*. Buenos Aires: Siglo XXI
- Althusser, Louis. (2014). *On the reproduction of capitalism*. London: Verso.
- Balibar, Étienne. (2004a). “Acerca de los conceptos fundamentales del materialismo histórico”. En Althusser, L. y Balibar, É., *Para leer el capital*. México: Siglo XXI.
- Balibar, Étienne. (2004b). *Escritos por Althusser*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Balibar, Étienne. (2007). “El estructuralismo: ¿Una destitución del sujeto?”. *Instantes y azares: escrituras nietzscheanas*. N° 4-5: pp. 155-172.
- Deleuze, Gilles. (2005). *La isla desierta y otros textos*. Valencia: Pre-textos.
- Derrida, Jacques. (1989). “La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas” en *La escritura y la diferencia*. Madrid: Anthropos.
- Derrida, Jacques. (1994a). “La Différance” en *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra.
- Derrida, Jacques. (1994b). “Los fines del hombre” en *Márgenes de la filosofía*. Madrid: Cátedra.
- Dictionnaire Français de définitions. (2011). Toulouse: Synapse Développement.
- Esposito, Roberto. (2006). *Categorías de lo impolítico*. Buenos Aires: Katz.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (2008). *Hegemonía y estrategia socialista, hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Macherey, Pierre. (1974). *Para una teoría de la reproducción literaria*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Macherey, Pierre. (1998). *In a Materialistic Way. Selected essays edited by Warren Montag*. London: Verso.
- Marx, Karl. (2005) (1859). “Prólogo de *Crítica de la economía política*” en *La ideología alemana y otros escritos filosóficos*. Buenos Aires: Losada.
- Pêcheaux, Michel. (2003). “El mecanismo del reconocimiento ideológico”. En Zizek, S. (Comp.), *Ideología, un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.